

Un total de veinticuatro alumnos y alumnas componían la clase de 3º B y estaban sentados en pupitres individuales, ordenados en cuatro filas.

Una brisa ardiente entraba por los ventanales abiertos. Fernando, el tutor, cruzó detrás de la última alumna la puerta del aula, situada junto a la pizarra, y se dirigió a toda la clase:

—Buenas tardes, chicos y chicas. ¿A quién pusimos de encargado de las ventanas?

—A Raquel Buesa —respondió una chica desde la primera fila de la derecha, junto a la ventana.

—Raquel —le dijo dirigiéndose a ella, una chavalita menuda de pelo largo y moreno y mirada tímida— recuerda que, al acabar las clases de la mañana, cuando hace tanto calor, es necesario bajar las persianas y cerrar las ventanas para que no nos achicharremos a estas horas. ¡Esto es un horno!

—Lo siento, ¡se me ha olvidado! Como hoy es la primera vez que venimos por la tarde...

Javi pensó con rapidez que era su momento y levantó la mano.

—¿Javier? —se dirigió a él Fernando.

—Carlos y yo nos preguntábamos en la fila si no ha llegado ya la hora de acabar con las clases de la tarde. ¿Por qué no tenemos los de Secundaria el mismo horario que los mayores?

—Bueno, eso será en Bachillerato.

—¡Pero el año pasado nuestros padres votaron sobre si querían jornada partida o continua en Tercero y Cuarto! —replicó Javi.

—Y ganó la jornada partida por sesenta a cuarenta. ¡Yo también lo siento! —exclamó el tutor encogiéndose de hombros—. No sé si visteis los resultados en la página web del cole...Lo que sí aprobaron fue que nos sigamos metiendo caña con la innovación educativa. Cada año estamos siendo evaluados y hay que mejorar los resultados. ¡No nos podemos dormir! ¿Lorenzo?

—¿Y qué novedades hay este año? —preguntó el alumno más alto de la clase, que era conocido en todo el colegio porque el curso anterior había sufrido un accidente de monopatín con varias fracturas.

—¡De eso quería hablaros! —le contestó el profesor chasqueando los dedos—. Hoy es nuestra primera tutoría larga después de las dos primeras semanas en las que hemos tratado lo más urgente. La tarea ahora es organizarnos en equipos cooperativos de a cuatro. En clase os sentaréis así y solo estaremos de forma individual en los exámenes. Yo podría hacer los grupos, pero, como no os conozco suficientemente, me vais a ayudar...

—¿Podemos elegir nosotros con quién vamos? —interrumpió un chico pelirrojo al final de la clase.

—No exactamente —respondió Fernando—. Por cierto, Rubén —le corrigió—, levanta la mano y dame un poco de tiempo para darte la palabra. Si cada uno habláis cuando se os antoja, esto será una jaula de grillos. Como decía, lo vamos a hacer juntos, sí, ¡pero no de cualquier modo! Cada uno se va a emparejar con otro compañero o compañera de la clase con quien quiera trabajar. Y digo «trabajar», no «estar», «jugar»,

«hablar»... No busquéis necesariamente al amigo más divertido, sino a una persona que sabéis que os va a estimular en el aprendizaje. Me daréis la lista de parejas y yo, luego, mezclaré a las parejas según me parezca más adecuado para equilibrar el equipo.

Un cierto murmullo de desacuerdo se elevó en el aula. Rubén, que ya se había arrogado el papel de portavoz de los más revoltosos en las primeras semanas, volvió a levantar la mano. Cuando Fernando le dio la palabra, se dirigió a todos con cierta complicidad.

—Yo creo que funcionaremos mejor si nos dejáis formar a nosotros los grupos porque entre amigos es más fácil repartirnos las tareas.

—Sí, es posible —le rebatió Fernando—, pero en la vida no siempre te va a tocar con tus colegas. Debemos aprender a trabajar en equipo con cualquier persona. Así que, no se hable más: seguimos mi plan. Moveos durante tres minutos por el aula haciendo parejas. Si algunas personas, tras este tiempo, no terminan de decidirse, yo las emparejaré. Y empezamos a la de tres...

Un pequeño terremoto sacudió el aula. Antes de terminar de contar, la mayoría estaban ya de pie buscándose unos a otros. En menos de dos minutos, todas las parejas estaban formadas a excepción de dos chicas nuevas, a quienes les tocó ir juntas.

—¡Perfecto! —exclamó Fernando—. Sentaos. Ahora voy a daros una hoja, os la vais pasando y escribiréis allí los nombres de cada pareja. Entretanto, me rellenáis este breve cuestionario sobre vuestros hábitos personales.

Quince minutos después, Javi y Carlos estaban sentados con Ana Li y Pilar, las dos nuevas.

—Bueno, este es nuestro grupo —rompió Carlos el hielo en tono de cierta resignación.

—Y ahora tenemos que hacer la primera tarea —continuó Pilar, expectante—: presentarnos.

—¿Cómo nos dividimos? —preguntó Carlos—. ¿Alguna idea?

—Según he entendido a Fernando, en vez de presentarnos cada uno, seremos presentados por otro. Un miembro de cada pareja entrevista a otro de la otra pareja, toma notas y luego lo presenta a los demás. Así que no es difícil elegir. ¿Quién empieza a escoger?

—Las chicas primero... —intervino Javi.

—¡No! —replicó Pilar un poco asustada ante la perspectiva de tener que mostrar preferencia por uno de los chicos—. Me niego. Mejor lo echamos a suertes.

—Usemos un dado del material de Matemáticas —propuso Ana Li.

Poco después, Javi entrevistaba a Ana Li y Carlos a Pilar. Tenían cinco minutos para contarse mutuamente los rasgos más importantes de su biografía, sus aficiones y preferencias. Al terminar, cada uno expuso el resumen, comenzando por Javi.

—Ana Li llegó al colegio hace dos semanas. Como se ve, es china...

—¡Soy española, pero nacida en China! —le interrumpió Ana Li, un poco contrariada.

—Pero ¿tus padres son chinos? —quiso saber Carlos.

—¿Cómo van a ser chinos, atontado? —replicó Javi—. Entonces no se llamaría Abad González de apellidos sino «Chang, Keng, Kling...» ¡o algo así! ¿Sabéis cómo ponen los nombres los chinos? Con perdón, Ana Li —se excusó, mostrando las palmas de las manos—. Echan una cuchara o un tenedor al suelo y, según suena, ¡le ponen el nombre al niño! —exclamó Javi haciendo reír al grupo, al que Ana Li se sumó con una sonrisa condescendiente.

—Mis padres son españoles. Me adoptaron en China —continuó la muchacha, no sin cierta incomodidad, revelando lo que todos suponían de antemano—. Sabía que no tardaríais en preguntarme sobre mis orígenes.

—Sigo... —dijo Javi, poniéndose serio—. Ana Li es de estatura mediana, pelo moreno y media melena. A mí me parece... una belleza oriental. ¡Podría ser una heroína en una película de Jackie Chan!

Tras las risas de todos, continuó.

—Le gusta leer, tocar el piano y no le van para nada los deportes. Aun así, el año pasado jugó al balonmano «por prescripción facultativa», un tanto a regañadientes. Su padre trabaja en la Biblioteca de Aragón y su madre es administrativa, aunque lleva un par de años en el paro y cuida de su padre, el abuelo de Ana Li, que vive con ellos. Se le dan bien las matemáticas, las ciencias y los idiomas, pero se le da fatal el dibujo y hacer manualidades. De la educación física... mejor no hablar. Tres de sus cualidades son: perfeccionismo, constancia e impaciencia —terminó Javier—. ¿Está bien? —preguntó mirando a su compañera.

—Ajá —aprobo Ana Li tímidamente.

—Te toca a ti ahora —le invitó Javi—. ¡A ver qué dices de mí!

Ana Li miró a todos buscando una sonrisa cómplice y se excusó de antemano:

—Esto es lo que me ha dicho en la entrevista, no me echéis a mí la culpa... Javier Subías Ara llegó al colegio en Primero de Infantil. ¡Lleva aquí toda la vida! Su padre regenta un bar aquí al lado, en el barrio de Parque Goya, y su madre es la cocinera.

—¡Te has liado! —la interrumpió Javi—. La cocinera actual no es mi madre, sino la pareja de mi padre. Mis padres están separados. Mi madre trabajaba también con mi padre, pero ahora curra en otro bar del centro comercial Gran Casa.

—Perdona... —se excusó Ana Li, continuando la lectura—. A Javi le encanta jugar al fútbol y, en sus ratos libres, jugar al fútbol en la Play o... jugar más al fútbol. Para que no todo sea deporte... ¡toca la guitarra eléctrica!

Todos volvieron a reír.

—A veces —prosiguió Ana Li—, se pone a estudiar y asegura que en una tarde hace todo lo que no ha hecho en dos semanas. Tiene el pelo negro y brillante, unos ojos oscuros y vivos, y unas piernas musculosas. Se considera inteligente, guapo, fuerte...

—¡Ese soy yo, sí señor!... —la interrumpió Javi dándose palmaditas en el pecho.

—¡Y un poco chulito, por lo que veo! —le siguió el juego Pilar en tono burlón.

—Bueno, ¿me dejáis terminar? —preguntó Ana Li, mirando a ninguna parte—. Sus asignaturas preferidas son la Educación Física y las Ciencias Naturales, y no le gustan las Sociales.

—¡Perfecto, Ana Li! —exclamó Javi—. ¡Un diez!

—¡Ah... se me olvidaba! —exclamó Ana Li intentando añadir algo que le costaba contar—. Javi repitió sexto al año siguiente de separarse sus padres. Le costó mucho adaptarse emocionalmente a aquella dolorosa situación. ¡Es el veterano de este equipo!

En ese momento sonó el timbre de cambio de clase, pero Fernando les dijo que, como les tocaba con él la siguiente hora, seguirían un rato más hasta que todos los equipos hubieran terminado.

—Creo que Ana Li ha finalizado, ¿no? —preguntó Carlos dispuesto a leer sus notas—. Si os parece, voy a seguir yo. Pilar Torres Acevedo, como sabéis, ha llegado nueva al colegio Calasanz este curso. Su padre, David, es de Balaguer, Lérida, y su madre, Yesenia, es cubana. Él es médico y ella ingeniera. A él lo han trasladado desde el centro de salud de Jaca al centro de salud Delicias Norte, de Zaragoza. Su madre todavía va a trabajar a Sabiñánigo cada mañana, pero antes la deja aquí muy temprano con su hermano pequeño, por lo que son los primeros en llegar cada mañana al cole...

—¡Ya veremos cómo lleva el cierzo en invierno nuestra amiga medio caribeña! —se rio Javi.

—No te preocupes por mí —le contestó Pilar, siguiendo la broma—, que he vivido siete años en el Pirineo. ¡El frío y yo somos amigos! Venga, continúa, que nos vamos a quedar sin tiempo.

—A Pilar le gusta patinar sobre hielo y escribir cuentos. Ganó un concurso escolar de relatos hace dos años. De todas las asignaturas de este año, la que peor cree que llevará será Religión, pues sus padres son agnósticos y no ha hecho la Primera Comunión.

—¿Agnósticos? ¿Qué es eso? —preguntó Ana Li, extrañada.

—Pues que no creen en Dios —respondió Javi con rotundidad.

—¡Esos son los ateos, hombre! —le corrigió Carlos—; No te acuerdas que nos lo explicó Andreas el año pasado? Los agnósticos no niegan la existencia de Dios, pero tampoco afirman que exista.

—¿Y por qué te han traído aquí, a un colegio católico? —le preguntó Ana Li a Pilar.

—Porque mi padre también estudió en los escolapios de Balaguer y recuerda sus años escolares con afecto.

—¿Y cómo es que te pusieron el nombre de Pilar si no son creyentes?

—Le gustaba a mi madre por ser la patrona de la Hispanidad. Ella, en Cuba, tuvo una educación atea, ¡pero que no le toquen a la Virgen! De hecho, ¡nació en el barrio del Pilar de La Habana!

—¿Hay un barrio con ese nombre en La Habana? —se extrañó Ana Li—. Me parece surrealista.

—Ten en cuenta que Cuba era un país mayoritariamente católico antes de la revolución comunista de Fidel Castro. Hay casi veinte barrios con nombres religiosos en la capital de Cuba.

—Bueno, no te preocupes mucho por la asignatura de Religión —la tranquilizó Javi—. Andreas es buena gente. A mí me cae muy bien, ¡y eso que tampoco es mi asignatura preferida!

—¿Has acabado ya, Carlos? —le preguntó Ana Li, impacientada por el reloj de la clase—. ¡No nos va a dar tiempo de terminar!

—Me gustaría añadir un último detalle... ¡A Pilar le gusta el rap! ¡Menudo rollazo! —exclamó riéndose.

—¿Es poesía en estado puro! —protestó Pilar—. Deberías escuchar a algún rapero que yo te recomiende. Pero vamos a comenzar contigo. Carlos... ¡toca el violín! —dijo con rechifla.

—Sí —la apoyó Javi—, ¡ese instrumento que suena *ñigo-ñigo*! ¡Eso sí que es un tostón mortal!

—¿Qué sabréis vosotros de música! —se defendió Carlos, un poco ruborizado.

—¡Reconócelo! Donde haya una buena guitarra eléctrica con un potente *ampli* de quinientos vatios...

—Venga, chicos, vamos a llevarnos bien —intentó hacer las paces Ana Li—. Fernando está a punto de dar por terminada esta actividad y me gustaría saber quién es Carlos.

—Sigo, pues —continuó Pilar—. Carlos Tena Laín es zaragozano de pura cepa... y zaragocista hasta la médula. Le encanta el fútbol, pero juega sobre todo al baloncesto. Como ya he dicho, toca el violín en el conservatorio desde los seis años. Disfruta con todas las asignaturas, pero prefiere las Matemáticas. Es el mayor de tres hermanos. Su madre es profesora de Francés en un instituto, y su padre es informático y trabaja para una famosa empresa de ropa de moda que tiene su centro de distribución global en la Plataforma Logística de Zaragoza...

¡Plas, plas, plas!

La presentación de Pilar se vio interrumpida por las palmadas de Fernando.

—¡Gracias a todas y todos! Creo que habéis aprovechado muy bien este rato. Me queda solo daros una tarea para esta semana: cada equipo se pondrá un nombre del mundo animal. Hablad entre vosotros y traed a la próxima hora de tutoría una propuesta en firme. Con los millones de especies que hay, ¡espero que nadie elija el mismo nombre!

—¿Valen animales fantásticos? —preguntó una voz anónima al final de la sala.

—¿Vosotros habéis oído algo? —preguntó a su vez Fernando ampliando su pabellón auditivo con la mano derecha y mirando a los más cercanos con cara extrañada.

Todos sonrieron y el autor de la intervención levantó la mano.

—¿Podrías explicarte, Florín? —le preguntó Fernando a un chico de origen rumano que caía bien a toda la clase por sus frecuentes ocurrencias disparatadas.

—Quiero saber si podemos escoger animales como el pegaso, el unicornio, el centauro...

—Me valen los animales míticos, siempre que no vengáis con nombres de Pokémon o bicharracos de esos —zanjó el tutor refiriéndose a un popular videojuego.

Cuando la clase se apaciguó tras el estruendoso estallido de risas burlonas y miradas cómplices, Fernando prosiguió:

—Para hacerlo más interesante, cada equipo dirá las razones por las que ha escogido a tal o cual animal, subrayando qué valores o símbolos queréis expresar a través de él. Esto significa que deberéis negociar entre vosotros buscando, si es posible, la unanimidad. ¡No va a ser fácil! ¡Ánimo, valor... y al toro!

Tanto Javi como Carlos quedaron encantados con sus compañeras, pues parecían listas y con ganas de trabajar. Además, Pilar era una belleza. De piel morena, espigado talle y suaves rasgos faciales con matices indios y africanos, tenía unos ojos verdes heredados de su padre que añadían un aire de princesa exótica a la herencia mestiza de su madre. Su abundante pelo rizado de color caoba la hacía destacar en la clase. Por otro lado, Ana Li, guapa según los cánones asiáticos, más bajita y delgada, era muy inteligente y parecía saber de todo, aunque, dada su timidez, había que extraerle las ideas con sacacorchos. También Pilar y Ana Li estaban contentas con sus compañeros, pues Javi era ocurrente y divertido, y Carlos, más templado y tranquilo, sabía dónde darle al botón para que su amigo dejara de estar de cachondeo.

Durante aquella semana, en ratos muertos entre cambios de clase y recreos, fueron discutiendo sobre qué nombre adoptar. Cada uno tenía sus razones, pero cuando le llegó el turno a Pilar, esta defendió a su candidato con gran vehemencia.

—A mí me gustan todos los animales que habéis pensado, desde el águila de Carlos, por todo lo que simboliza de altos ideales y metas elevadas, hasta el delfín de Ana Li, por su inteligencia y simpatía, equilibrio entre cerebro y corazón...

—Pasando, ¡claro está!, por mi ardilla —la interrumpió Javi—, ejemplo de laboriosidad, pero también de capacidad de diversión, curiosidad, movimiento y alegría.

—Cierto. Sin embargo, yo os vengo a proponer un animal que tiene lo mejor de cada uno: el lince.

—¿El lince? ¡Pero si está al borde de la extinción! —exclamó Carlos llevándose las manos a la cabeza—. ¿No podrías elegir un animal con más futuro?

—Se nota que no estás al día —le replicó Pilar—. Gracias al esfuerzo de los últimos años, la población del lince ibérico está aumentando. Por eso me encantaría que nos represente: tiene madera de luchador, de

alguien que no se hunde ante las dificultades y contradice los peores pronósticos de una fase terminal y una muerte segura.

—Me gusta lo que dices —le animó Ana Li—. Sigue, por favor, que casi me convences. ¿Qué más?

—Por otro lado, es un animal con una vista muy aguda. ¡O, al menos, así lo suelen pintar! En español se dice: «Tener una vista de lince». Otra expresión relacionada con este animal, «ser un lince», significa ser avisado, listo, capaz de ver las oportunidades o las cosas ocultas... Nos vendría muy bien para inspirar nuestros trabajos.

El viernes, tanto el delfín como el lince quedaron empatados. Javi decidió que le valía el carácter juguetón del mamífero marino para su intención de buscar un animal divertido, y Carlos, a última hora, se apuntó al lince porque le había encantado lo de resurgir de las cenizas. El Real Zaragoza llevaba ya un par de temporadas en segunda división. ¡No sería un mal símbolo para su adorado equipo! Pero, como no se terminaban de poner de acuerdo, decidieron pensar un modo de llegar al desempate.

El recreo del lunes por la mañana era la última oportunidad de alcanzar la unanimidad, así que se juntaron en un banco para deshacer el empate. Hacía sol, pero un cierzo fresco azotaba el patio e invitaba a llevar algo de abrigo. Carlos, frotándose los brazos y acordándose de que su madre le había asegurado que se arrepentiría de salir de casa en camiseta, propuso una forma rápida de hacerlo.

—Hasta ahora hemos presentado ideas, motivos y explicaciones. Podríamos ahora «sentir» al animal que preferimos en vez de dar solo razones lógicas para escogerlo.

—¿Por ejemplo? —inquirió Ana Li mientras se comía un bocadillo de sardinas en aceite al que todos habían objetado.

—A mí el lince me hace sentir respeto por estar en peligro; esperanza, ante el éxito del intento de salvarlo; cariño, por ser una especie de gato grande, que podrías acariciar y ponerte en el regazo; admiración, por su elegancia y por ser tan listo... —resumió el chico.

—¿Me dejas alucinada! —exclamó Pilar con la boca abierta—. ¿De dónde sacas tantos sentimientos y tan fácilmente?

—Es que, el año pasado, nuestra tutora de entonces, Isabel Arranz, preparó muchas actividades sobre inteligencia emocional. El taller se llamaba «Siente la vida». Nos invitaba continuamente a dejar de «pensar» y a «sentir» más lo que hacíamos y vivíamos. Comenzamos a escribir una especie de diario personal, que yo aún continúo, aunque no todos los días.

—¿Un diario personal! —se sorprendió Ana Li—. Yo pensaba que eso solo lo hacíamos las chicas... Yo también tengo uno, de esos de llavecita, que me regalaron en la Primera Comuni3n. No escribo mucho, pero me gusta apuntar allí días especiales y pegar recuerdos, como una entrada a un concierto de Amaral al que

fui con mi familia, el billete del avión con el que mis padres fueron a buscarme a China... En mi cumpleaños escribo un resumen de lo más importante que me ha pasado en ese año.

—Me estoy animando un montón... ¡Con lo que me gusta a mí escribir! —exclamó Pilar.

—¡Pues a este menda le parece un rollo patatero! —terció Javi en la conversación—. El año pasado me mandaban notas a casa en la agenda por no estar escribiendo nada cuando nos tocaba «sentir». ¡Qué lata! Por cierto, ¿no teníamos que acabar con lo del animalito? ¡Llevamos todo el recreo sin jugar!

—Bueno —le animó Pilar—, ya que tú también hiciste el taller, dinos al menos qué sientes por el delfín y así decidimos.

Javi, dando ya por perdido el partidillo de fútbol de media mañana, suspiró, colocó sus manos sobre sus muslos, cerró los ojos y respiró profundo varias veces. Las chicas compartieron una mirada de perplejidad, no sabiendo con claridad si les estaba tomando el pelo o si intentaba de veras conectar con su yo interior.

—A mí, el delfín me inspira simpatía —comenzó a decir despacio Javi, sin abrir los ojos—. Los vi en el Oceanográfico de Valencia y me quedé flipando. Sus chillidos eran como carcajadas de bebés. ¡Parecía que se reían de verdad! Siento en él la presencia de una gran inteligencia, como si cuando te mira te estuviera viendo de verdad, tal como eres. También me emociona su trato con los humanos, compañeros de juego con los que puede nadar o a los que arrastra con su gran aleta dorsal. ¡Me encantaría zambullirme con ellos, y lo haré un día! —terminó de exclamar, abriendo los ojos y reencontrándose con sus compañeros que le miraban sorprendidos.

—Vaya —comentó Pilar, que se había sentado en el borde del banco para estar más atenta—, ¡te había juzgado mal! Pensaba que eras un poco loco y superficial, pero debo admitir que me acabas de dejar con la boca abierta.

—Gracias —contestó Javi, satisfecho de no interpretar siempre el papel de comediante del grupo—, ¡uno también sabe hacer las cosas con profundidad cuando quiere!

—Y ahora —apremió Carlos—, ¿cómo terminamos de decidir? ¿Queréis hablar vosotras? ¡Se nos acaba el recreo y luego nos vamos a comer y no tendremos más tiempo!

—Yo ya me he decidido —le respondió Ana Li—. Me ha encantado lo que habéis dicho los dos, pero me inclino ahora por el lince. Es fantástico lo que Javi ha revelado y también a mí me han emocionado sus palabras, pero el lince está más relacionado simbólicamente con el aprendizaje. ¿Y tú, Pilar?

—Yo sigo pensando que el lince es algo más concreto y cercano si queremos que represente los trabajos de un grupo, que es para lo que estamos.

La interrumpió la sirena del patio, que marcaba el fin del recreo.

Mientras se levantaban, Carlos quiso terminar con el asunto.

—Bueno, si estamos tres a uno, gana el lince. ¿Te parece, Javi? —preguntó a su amigo esperando que él aceptara el fin del empate sin sentirse dolido.

—De acuerdo, pero no me lo hagáis exponer a mí, ¿eh? ¿Quién lo presentará en tutoría?

—Que lo haga Pilar —sugirió Carlos—, que fue quien propuso la candidatura del bicho.

Pilar, satisfecha, exclamó con los dos pulgares hacia arriba:

—¡Genial! ¡Gracias a todos, equipo Lince!

Y los cuatro se fueron corriendo hacia la fila, felices.

Aquel mediodía, Pilar creó en su teléfono móvil un grupo de wasap: Equipo Lince. Como icono colocó la foto de un hermoso ejemplar de los que estaban repoblando Sierra Morena. Ana Li no tenía móvil todavía, pero utilizaba el de su madre para los mensajes, y le dio también su número.

La presentación de nombres, por la tarde, resultó muy amena porque no todos los equipos se habían tomado en serio la unanimidad al decidir su denominación.

El que más hizo reír a todos fue el equipo Chihuahua, del que formaban parte los dos alumnos más bulliciosos, Rubén Cejudo y su amigo Darío Guayguacundo, un chaval ecuatoriano de chistes rápidos y enorme afición a los *youtubers*. Darío daba el parte cada día de las ocurrencias que más le habían gustado. Para compensar, Fernando había completado el equipo con las chicas más serias: Celia, una chavala corpulenta que parecía la madre de todos y ejercía como tal imponiendo el silencio y dando órdenes a diestro y siniestro; y Lara Buil, una chavalita delgada y larguirucha que tomaba unas pastillas para el déficit de atención y estaba todo el día callada como una momia, aunque de vez en cuando sorprendía a todos con intervenciones muy acertadas.

Como este grupo había tenido unas discusiones muy atolondradas en las que no se ponían de acuerdo, habían terminado por elegir el nombre a suertes, y le tocó en gracia al animal defendido por Darío: el chihuahua. Según él, el perrito mejicano representaba al grupo porque tenía unos ojos saltones como los que se le habían puesto a él al ver el tamaño del trasero de Celia el primer día de clase. Al oírlo, esta le propinó un bofetón que resonó en toda la clase, pero aceptó después, a regañadientes, el veredicto de la suerte con la condición de que no se divulgara la burla de Darío, por lo que habían decidido encontrarle al chihuahua alguna razón de peso para ser su símbolo.

En eso estaban cuando Rubén, que había abogado por el cocodrilo debido a su gran sonrisa, recordó una divertida canción dedicada al perro y compuesta por DJ BoBo. La habían cantado en una fiesta de la etapa de Infantil y todos recordaban el estribillo. Así que habían ensayado una coreografía sin pararse a pensar que no había una persona en el mundo más incapaz de seguir un ritmo que Lara Buil, ¡siempre medio compás por detrás! Su puesta en escena fue un completo desastre. ¡La clase estalló a carcajadas! Y la cosa fue a peor cuando Fernando les atornilló con la pregunta que habían intentado esquivar sobre los motivos para elegir